

donde debe comenzar toda reforma seria. Jesucristo predicó en una de esas tristes épocas de decadencia moral que no dejan al hombre más que el egoísmo y el anhelo de sus brutales goces, y su doctrina atacó el vicio que corroía á la humanidad y que amagaba destruirla. Pero para extirparle, destruyó la individualidad. Ahí está el exceso. Hay dos principios que parecen excluirse el uno al otro: la personalidad y la caridad, la humildad y el orgullo. Cuando se desenvuelve uno á expensas del otro, se llega á lo imposible, se llega al absurdo. Es preciso conciliar esos dos principios. Lo que impidió á Jesucristo concebir ese pensamiento es su espiritualismo excesivo. En el día se ha disipado el error, y ya nos inclinamos hácia el error opuesto. Tiempo es de trabajar en la conciliación: nosotros no conocemos más que un medio para esto, el de separar en el cristianismo lo que es pasajero y erróneo de lo que es verdadero y eterno, en cuanto el hombre puede hablar de verdad y de eternidad. Si hay alguna tendencia que comprometa ese trabajo es aquella que altera el cristianismo, suponiéndole sentimientos é ideas que no podía tener. Ese cristianismo ficticio no enardecerá jamás las almas, y además separará de la religión cristiana á todos los que aman la verdad y la libertad. ¿Para qué se esfuerzan los hombres del pasado en atribuir al cristianismo ideas que le son extrañas? Á fin de someter la humanidad al yugo de la Iglesia. Medio seguro de alejarla de la religión de Cristo, porque es un fraude á la vez que un instrumento de tiranía intelectual. Hé ahí por qué tomamos empeño en restablecer la verdad. Lo hemos hecho en cuanto á la doctrina; vamos á hacerlo en el terreno de la historia. Nuestra crítica es, en el fondo, más simpática al cristianismo, y creemos que es más provechosa que las apologías de sus imprudentes defensores (a).

(a) Este es el error capital de Laurent en mi concepto y el que me ha movido á escribir estas ligeras observaciones en forma de notas. Laurent, verdadero enciclopedista, combate el cristianismo por sistema y con pasión. Ve, por tanto, la doctrina y la gran figura del Cristo á la falsa luz del materialismo de la escuela, y no comprende, no puede comprender, ni la importancia del espiritualismo cristiano ni los prodigios del entusiasmo que inspira. ¡Pobre humanidad, si su libertad, si sus progresos, si sus futuros destinos no tuvieran por base más que la moral utilitaria, artificial y artificiosa de los Hume y los d'Holbach! «No hay progreso, ni sociedad, ni institución, ni legislación posibles, ha dicho Edgar Quinet, y ha dicho muy bien, sin la base y el apoyo de las ideas religiosas.» La materia sin el espíritu, que da vida hominal, nos reduciría á la condición del bruto. Vea, pues, si el espiritualismo del Cristo ha entrañado más libertades y más progresos que puede producir el materialismo de los enciclopedistas.—(N. del T.)

SECCION 2.^a

LOS HECHOS.

§ I.—El cristianismo y el imperio romano.

I.

Estamos en presencia del cristianismo católico; sus defensores le consideran hermanado con la libertad, y, en efecto, tiene siempre en la boca la palabra libertad; pero es necesario ver qué quiere decir libertad. Los Romanos, bajo cuyo imperio se formó y propagó el catolicismo, confundían la libertad con la soberanía, es decir, con la dominación. Despues de luchas seculares, el partido democrático se encontró vencedor; sin duda va á organizar el régimen de la libertad. Cierto que sí, pero á su modo. La democracia es soberana y pretende reinar; pero es delegando su soberanía en un César. Hé aquí la libertad antigua; no pide más que una cosa, el poder; el pueblo domina bajo los emperadores, y desde aquel momento se cree libre (a). Verdad es que allí no hay derecho alguno que ejercitar: la vida, los bienes, la religión de los ciudadanos están á merced del emperador; sin embargo, están satisfechos, y, como lo ha observado un sucesor de los Césares, Napoleon, los Romanos no se rebelaron jamás contra los Tiberios y los Neros. Si había ciudadanos condenados á muerte por el emperador, eran aristócratas. El pueblo y las provincias gozaban de la libertad tal como la habían deseado siempre: tenían los goces del poder, pan y juegos, y no pedían más.

¿No sería esa la libertad, tal como el catolicismo la entiende? Los hechos responderán por nosotros. Sí, la Iglesia ama la libertad, es decir, la dominación; pero esa dominación la quiere para sí y en su provecho. La libertad antigua había llevado á la tiranía de los Césares; á la omnipotencia imperial añade la Iglesia un nuevo atributo. Los Césares habían sido divinizados despues de su muerte, alguna que otra vez durante su vida; pero

(a) Quien produjo allí y en todos tiempos y en todas partes los Césares no es la democracia, no; son los oligarcas los que, acostumbrados al privilegio y á la dominación, no toleran la igualdad; los que, acostumbrados á explotar y á despreciar al pueblo, sacrifican su libertad por gozar los favores de un tirano; aquellos que Tácito calificó diciendo: «*Omnia serviliter pro dominatione.*»—(N. del T.)

eran falsos dioses. Hé aquí al Hijo de Dios, el Verbo eterno que encarna y funda su Iglesia en la persona de San Pedro. La Iglesia es la esposa del Cristo, es decir, que se identifica con Dios; participa de la omnipotencia divina y de su infalibilidad. Desde ese momento, el género humano debe someterse á ella; la Iglesia no deja á los hombres ni áun la apariencia de libertad de que gozaban los antiguos. El pueblo rey podía decir que era él el que había investido á los Césares de su soberanía, y que aquéllos no eran más que sus órganos, que él reinaba por medio de ellos. Pero no sucede así con la Iglesia, la cual no tiene su poder del pueblo, sino que lo recibe de Dios mismo: ella es Dios. ¿Puede quedar una sombra de libertad á los individuos y á las naciones en presencia del Omnipotente encarnado en su Iglesia?

Hé aquí la libertad de la Iglesia. Es el poder soberano, ilimitado. Y ¿cómo concilia la Iglesia esas pretensiones con el poder de los príncipes que también se llaman soberanos? ¿Van á abdicar los reyes á los pies del papa? No, la Iglesia quiere reconocer la monarquía, pero á condicion de que el poder temporal quede subordinado al poder espiritual, lo cual equivale á ser la Iglesia soberana. Hé ahí por qué se acomoda á todos los gobiernos y lo mismo la da el despotismo que la república, la aristocracia que la democracia, la monarquía absoluta, que la monarquía constitucional. La humilde esposa de Cristo hace de esto un título de gloria: su reino no es de este mundo; por lo tanto, ¿qué le importan los gobiernos políticos? Se contenta con el imperio de las almas. Hay escritores harto simples para tomar al pié de la letra esas vanas protestas, por más que estén en contradicción con los hechos. Es cierto que la Iglesia es indiferente á las formas de gobierno; pero ¿por qué? Porque, en su doctrina, deben obedecerla los reyes lo mismo que los pueblos. Poco importa que sea este ó aquel el soberano nominal; ella sola es el soberano efectivo. Se ha creído que la Iglesia tenía cierta predilección por la monarquía absoluta, porque también ella ama la dominación. Eso es cierto, mientras que los príncipes consienten en ser sus instrumentos. De ahí la larga alianza tan celebrada entre el trono y el altar; el altar y el trono se entendían para engañar y explotar á los pueblos. Pero la alianza no está exenta de peligros: si ocupa el trono un príncipe apegado á su soberanía, será el ri-

val de la Iglesia, y el rival puede llegar á ser el jefe.

Se comprende, pues, que la Iglesia ame otro tanto la democracia; allí encuentra masas ignorantes á las cuales le es fácil cegar con la superstición: un pueblo fanático es el mejor instrumento de poder, con tal que se tenga cuidado de mantenerle en la ignorancia, arte en el cual sobresale la Iglesia. Además, es también una necesidad de los tiempos modernos. Los reyes se van, mientras que los pueblos quedan y reivindican la soberanía. La Iglesia se acomoda á los tiempos; hoy se hace democrática y social. Hay espíritus rectos y sencillos que se admiran de ello; no comprenden que el gorro frigio es una máscara; pero se necesita ser muy incautos para dejarse engañar. En efecto, ¿qué es una libertad de la cual se sirve la Iglesia para dominar sobre los individuos y sobre los pueblos? La Iglesia adora la libertad en Bélgica, en Polonia y en Irlanda. Si eso fuera convicción, amaría la libertad en todas partes, la amaría sobre todo allí donde sólo de ella depende el hacerla reinar, en Roma. Pero ¿puede amar la Iglesia la verdadera libertad? ¿Hay libertad política posible cuando las almas son esclavas? ¿Y no es esencial para el catolicismo el mantener las almas en esclavitud? La Iglesia es declarada enemiga de la libertad de pensar; necesita que la razón se someta á su yugo, y subyugada la razón, todo lo demás se explica. Porque ser enemigo de la libertad de pensar á la vez que amigo de la libertad política es el imposible de los imposibles. En realidad, la Iglesia no quiere ni una ni otra libertad; su declarado amor á ella es una engañifa; pero por grosera que sea, la Iglesia encuentra siempre tontos: especula con la imbecilidad humana; ¡es una excelente especulación! Allí donde la Iglesia puede contar con la ciega adhesión de las masas, afecta un grande amor á la libertad y levanta la bandera de la democracia, plantando, si es necesario, árboles de la libertad en honor de la república. ¡Dichosas las naciones que realizan la alianza de la libertad y de la religión! Dichosas, si, si el idiotismo hace la felicidad. Pero si la verdadera felicidad, como la moderna libertad, consisten en el más amplio desarrollo de la inteligencia, ¡que amarga irrisión la de la libertad unida á la esclavitud del pensamiento! Si la esclavitud del pensamiento pudiese llegar á ser la condición general de la humanidad, como lo ambicio-

na la Iglesia, la misma idea de libertad se extinguiría.

No escribimos la sátira de la Iglesia. En el curso de nuestros estudios la hemos hecho justicia. Pero aquí se trata de apreciar lo que ha hecho por la libertad de los pueblos, y nosotros respondemos con la historia: nada, porque la ha faltado siempre el espíritu de libertad. Cualquiera que sea el sentido que se dé á la libertad, se puede asegurar que es antipática á la Iglesia. ¿Dais á la libertad el sentido antiguo? Mirad en vuestro derredor, y seréis de la opinión de Maquiavelo. El gran político, entusiasta de la libertad republicana, dice con dolor que en la Italia antigua había una infinidad de pueblos que gozaban de la libertad, es decir, que se gobernaban á sí mismos, mientras que hoy, dice, apenas se encuentran algunas ciudades libres. Maquiavelo se pregunta por qué razón los hombres de su tiempo son menos afectos á la libertad que los de otros tiempos, y responde que es porque son menos fuertes, y son menos fuertes porque la educación secular de la Iglesia los ha enervado. Ella es la que nos ha enseñado á apreciar la humildad y la abyección más que la gloria y la libertad; ella es la que nos ha enseñado el desprecio de las cosas de este mundo, mientras que los antiguos hacían consistir el soberano bien en la grandeza del alma y la energía (1). Hemos dicho que la Iglesia ama la libertad antigua, el poder soberano, pero es para su provecho; hé ahí por qué no deja nada á los pueblos más que la sumisión y la degradación.

Oigamos á un escritor inglés: no le escogeremos entre los radicales; consultaremos una *Revisita*, órgano del partido tory y de la Iglesia anglicana. El publicista reconoce que la libertad puede coexistir en apariencia con el catolicismo romano. Pero ¿qué libertad? La libertad de instrumento, la libertad máscara, la libertad explotada por la Iglesia en beneficio de su eterna ambición. Pues la libertad no es un bien sino cuando el hombre la ama por sí misma y como condición de su progreso; esa es la libertad que conduce al *self-government*; y si no carece de peligros para el individuo, no la falta nunca grandeza, dado que no hay valor moral para el hombre sino en cuanto es libre. La Iglesia, al contrario, despoja al hombre de toda

(1) MAQUIAVELO, *Discursos sobre Tito-Livio*, lib. II, c. II.

iniciativa; pretende guiarle como una madre guía á su hijo, con esta diferencia: que la madre es todo abnegación y la Iglesia es todo egoísmo: si se preocupa con tanta solicitud de su rebaño, es á fin de que el rebaño obedezca ciegamente á su pastor. Conciliad, pues, la obediencia pasiva, la inercia moral é intelectual con la energía que el individuo debe desplegar, si quiere ser libre. El hombre libre es un hombre, mientras que el católico romano es una máquina (1).

Abramos ahora la historia y oigamos los hechos, que son testigos irrecusables. Habremos de extendernos, áun cuando empleemos la posible concisión. Si el lector quiere seguirnos, no sentirá la fatiga del camino cuando hayamos llegado á su término. Se trata de nuestro porvenir, de nuestra vida, porque se trata de saber si hemos de ser libres ó esclavos de la Iglesia.

II.

La Iglesia es reconocida por los Césares romanos. ¿Cuáles son las lecciones que les da? Despues de tres siglos de régimen imperial, ya no quedaba rastro de libertad. No hablemos de los derechos del hombre, que los antiguos no habían conocido jamás; hablemos de la libertad tal como la comprendían los Griegos y los Romanos. No quedaban ya ni democracia ni aristocracia: el mundo era esclavo y un hombre era el dueño. ¿Va la Iglesia á ser el defensor de la libertad? Nuestra pregunta parece un insulto; pero nos la arrancan las increíbles pretensiones de los escritores católicos. El catolicismo es la religion de la libertad, dicen ellos. Y bien, hé aquí el catolicismo reinando en la corte de los Césares, héle ahí en presencia de neófitos y de príncipes á quienes la Iglesia celebra por su piedad. ¿Qué les predica? ¿Es la libertad? Sí, dicen nuestros católicos demócratas; ved á San Ambrosio enfrente del emperador Teodosio; el obispo le impone una penitencia por los asesinatos cometidos en Tesalónica. Si se quiere saber lo que esa penitencia tiene de comun con la libertad hay que oír á San Agustín: "El pueblo de Tesalónica, dice, quedó más contristado de ver humillada la majestad im-

(1) *Quarterly review*, Diciembre de 1852, t. XCII, p. 146 y siguientes.

perial que horrorizado se había de su cólera" (1). ¿Es un cortesano el que habla ó es un obispo? Los obispos eran cortesanos; lo que predicaban á los Césares no era la libertad de los pueblos, era la libertad de la Iglesia. San Ambrosio pasa por ser un campeón de la libertad eclesiástica. Y ¿qué era esa libertad? La penitencia que el obispo de Milan impuso á Teodosio fué invocada por Gregorio VII como un testimonio de la autoridad que la Iglesia ejerce sobre los príncipes (2). Hé aquí lo que ella llama su libertad: cuestión de poder y de dominación.

La libertad de la Iglesia se conciliaba perfectamente con el despotismo de los emperadores; en caso necesario, alentaba á los déspotas. Hemos oído á San Ambrosio, ese intrépido defensor de la libertad eclesiástica, excitar á los Césares á castigar á los herejes y á los infieles. Se dice que la libertad de conciencia es de origen cristiano. No es á la Iglesia á quien se la debemos, porque aquellos á quienes honra como sus Padres no predicaban más que persecución, y están tan léjos de la libertad religiosa que hasta la consideran como un crimen. ¡Ah! es preciso añadir que no comprendían la libertad religiosa más ni mejor que la libertad civil. Los emperadores se creían superiores á las leyes, y la Iglesia aceptaba esa doctrina degradante; y ¿qué digo? la enseñaba á los pueblos como una verdad divina. San Ambrosio dice que las leyes humanas no tienen acción sobre los reyes, y que áun cuando fuesen asesinos, su autoridad les pone á cubierto de la justicia (3). Verdad es que añade que los príncipes están sometidos á Dios (4). ¡Magnífica garantía! Eso quiere decir que los príncipes están sometidos á la Iglesia. Siempre la dominación de la Iglesia en traje de libertad.

Si esa dominación despoja á los reyes de su soberanía, ¿es acaso en provecho de las naciones? Irrisión sangrienta sería hablar de libertad bajo el gobierno de los Césares y bajo el régimen de la Iglesia. Hasta la vida de los ciudadanos estaba á merced de la venganza ó del capricho de los príncipes. Ya hemos contado en otra parte la rebelión de Antioquia en tiempo de Teodosio el Grande, el asesino de Tesalónica. La Iglesia intervino, el

arzobispo de Antioquia se echó á los piés del César y obtuvo el perdón de los culpables; pero ¿fué en nombre de la libertad? La palabra misma había caído en olvido; fué el exceso de la opresión el que produjo la sublevación de la gran ciudad. ¿Recuerda, por lo ménos, el orador cristiano al emperador la moderación? Ni una palabra del discurso de San Crisóstomo revela que el Padre de la Iglesia haya tenido conciencia del mal que aruinaba el imperio, el despotismo; no apela más que á la caridad y á los terrores religiosos del déspota (1).

Los Romanos del siglo IV no tenían ya el sentimiento de la libertad, y hay que decir que los cristianos aún le tenían ménos (a). Si enfrente de los abusos de la fuerza la Iglesia levanta su voz, es para proteger á las víctimas de la violencia; pero lo que la inspira no es la conciencia de los derechos individuales, que ignora, y que, áun cuando los conociese, no podría reivindicarlos, porque su dogma le imponía la obediencia; así es que acepta el despotismo, y hace más, lo diviniza. Una sola libertad la interesa mucho, la suya; pero esa libertad significa dominación, servidumbre del Estado y servidumbre de los individuos.

Se disculpa á la Iglesia diciendo que en una época en que la libertad estaba universalmente proscrita no se podía exigir de aquélla ni la defensa ni el sentimiento de la libertad (b). Aceptamos la excusa en cuanto á los hombres, y no culpamos á San Ambrosio ni á San Crisóstomo de no haber reivindicado la libertad; pero si los hombres son disculpables, no lo es la Iglesia. ¿No se llama la esposa del Cristo? ¿No pretende ser el órgano de la sociedad eterna? ¿Es acaso que la libertad no haría parte de la verdad que tiene en depósito? Si la Iglesia es una institución humana, se pueden alegar en su favor circunstancias atenuantes; pero si es de institución divina, entónces es culpable (c).

(1) Véase mi *Estudio sobre el Cristianismo*, parte cuarta.

(a) Hasta con la Iglesia es injusto Laurent. Si se colocaba al lado de las víctimas y las defendía contra sus opresores, ¿no prueba eso que estaba inspirado por un gran sentimiento de justicia? ¿Y no es la justicia hermana carnal de la libertad? La libertad, dice Laboulaye, es otro nombre dado á la justicia. — (N. del T.)

(b) Y, sin embargo, defendía á las víctimas de la opresión. — (N. del T.)

(c) Estos distingos y estos sofismas prueban la poca serenidad de espíritu y la poca rectitud de juicio de Laurent en la apreciación misma de los hechos históricos. Dominado por su prejuicio, hace esfuerzos de ingenio para sacar triunfante su tesis, á riesgo de contradecirse á cada paso. — (N. del T.)

(1) AUGUSTINUS, *de Civitate Dei*, v, 26.

(2) Véase mi *Estudio sobre el papado y el imperio*.

(3) AMBROSIIUS, *Apologetica David*, IV, 15, 10 (Op., t. I, p. 681).

(4) AMBROSIIUS, *Epist.* LVII, 8 (Op., t. II, p. 1011).

Por mejor decir, sus doctrinas, lo mismo que sus actos, acreditan que su origen divino es un error ó una impostura; ya es tiempo de que la verdad ocupe el lugar de las ficciones católicas.

Se adula ó se contempla, por lo ménos, á los poderosos. La Iglesia ha sido hasta nuestros días una potencia, y la más temible de todas; aún hoy conserva el imperio de las almas en que reina la ignorancia. Eso explica las lisonjas banales de los escritores políticos, incluso Montesquieu (a), el cual, hablando de la Iglesia, parece que habla de una gran señora: "Un príncipe, dice, que ama la religión y que la teme es un león que cede á la mano que le acaricia ó á la voz que le aplaca. Aún cuando fuera inútil que los súbditos tuvieran una religión, no sólo sería el que la tuviesen los príncipes y que tascasen el único freno que pueden temer aquellos que no temen las leyes humanas." El lenguaje es magnífico, pero no son más que bellas frases. Ya hemos recordado en otra parte la conducta de los primeros emperadores cristianos. El freno de la religión no contenía á aquellos leones: el uno hizo derramar la sangre de su mujer y de sus hijos; otro inmoló á su cólera una población entera. ¿Por qué habían de violentar sus pasiones? Protegían la Iglesia, y eso hacía para ellos las veces de todas las virtudes; la historia, escrita á la manera de los católicos, da á aquellos príncipes el título de grandes.

Otros escritores cambian sus ilusiones en realidades; hablan de la idea cristiana de la libertad por contraposición á la idea romana. Según ellos, el cristianismo inauguró la era de la libertad moderna. La inauguración semeja á una sátira cuando se comparan esos vanos asertos con la doctrina y los actos de la Iglesia. San Ambrosio acaba de decirnos cuál era la idea cristiana de la libertad, y el Bajo-Imperio nos muestra lo que hubiera venido á ser la humanidad bajo el régimen de la Iglesia. Para salvar la cristiandad de la podredumbre del mundo antiguo, fué necesario que Dios enviase á los Bárbaros. ¿Es que la Iglesia comprendió que la misión providencial de los pueblos del Norte era regenerar el mundo por la libertad? Puesto que ella es la esposa del Cristo, puesto que no hace

(a) Mala idea daría de sí mismo el escritor que atribuya á otro tan insigne como Montesquieu móviles tan indignos, no ya de un escritor, sino de un hombre honrado. En Laurent habla aquí el prejuicio y la pasión.—(N. del T.)

más que una unidad con Dios, debe estar en los secretos de la Providencia. Pues consultemos los hechos. La Iglesia, imbuida en las preocupaciones romanas, no vió en los Germanos más que Bárbaros; Bárbaros eran, en efecto; pero había un germen de vida y de porvenir en su barbarie, la libertad, en tanto que la civilización romana estaba infestada de un germen de muerte, el despotismo (a). ¿Es que la Iglesia desarrolló el sentimiento de la libertad? Enseñó á los príncipes bárbaros, sus discípulos, que su poder era de derecho divino y que su persona era sagrada. Gregorio, obispo de Tours, dice á Chilperico, el Neron de las Galias: "Si alguno de nosotros se separa del sendero de la justicia, puede ser corregido por tí; pero si eres tú el que faltas, ¿quién te reprenderá? Nosotros te hablamos, y si quieres nos escuchas; pero si no quieres, ¿quién te condenará? Solo Aquel que ha dicho que Él era la misma justicia." (1) (b).

La Iglesia fué más allá. Acabamos de recordar las lisonjas que dirigió á Constantino y Teodorico, sin embargo de estar manchados con sangre inocente. En las Galias también prodigó incienso á los nuevos señores. La historia nos dice que los Merovingios se mancharon con todos los crímenes imaginables, hasta el punto de que aquella abominable raza sálica causa horror á la posteridad (2). ¿Es esa también la opinión de la Iglesia? Clovis era el protector de la Iglesia, el campeón de la fe ortodoxa contra los pueblos arrianos; esto cubre todas sus maldades. Gregorio de Tours no oculta los crímenes de los reyes francos, pero casi hace de ellos un mérito: "Es Dios el que hacía caer bajo el brazo de Clovis á sus enemigos, porque marchaba con un corazón piadoso que hacía lo que era agradable á Dios, es decir, á la Iglesia."

Hé aquí las lecciones que la Iglesia daba á los Bárbaros. Si el espíritu de libertad que animaba á los Germanos hubiese podido ser sofocado, la Igle-

(a) Males sin cuento causaron los Bárbaros; pero ¿qué hubiera sido en sus manos de la Europa, si el cristianismo no hubiera amansado su ferocidad y contenido más ó ménos sus brutales pasiones? ¿Por Dios, que el no ver esto es cerrar voluntariamente los ojos á la luz!—(N. del T.)

(1) GREGOR. TURONENS., *Hist.*, v, 19.

(b) Si en los tiempos de los Neronos y los Calígulas algún filósofo se hubiera atrevido á decir eso mismo al tirano, ¿no lo ensalzaría hasta las nubes el mismo Laurent? Lo primero que se necesita para escribir la historia es imparcialidad y recto espíritu de justicia.—(N. del T.)

(2) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre los Bárbaros y el Catolicismo*.

sia lo hubiera hecho. Órgano y heredera de la tradición romana, veía un ideal en la unidad de Roma, y trató de restablecerla lisonjeando la ambición y la codicia de los reyes bárbaros, porque el régimen romano era una admirable máquina cuando se trataba de llenar el tesoro del príncipe. Esas vanas tentativas fracasaron contra el espíritu individualista de la raza germánica, felizmente para la humanidad. La unidad romana era la omnipotencia del Estado, era el despotismo y tras él la decadencia y la muerte: el individualismo bárbaro es el germen de nuestra libertad, el principio de la verdadera civilización, porque no hay civilización más que por el desarrollo de las fuerzas individuales ni hay progreso posible sin libertad (a).

§ II.—El papado y el imperio.

I.

La Edad Media se inaugura con el feudalismo. Al mismo tiempo se consolida el papado, bajo la poderosa mano de Gregorio VII, y reivindica de los príncipes y los pueblos el poder que corresponde al alma sobre el cuerpo. Esa es la época de la dominación de la Iglesia. ¿Cuál es el sentido de esa dominación? La Iglesia le llamaba su libertad, y esa sola palabra parece que ha bastado para causar ilusión y para que Chateaubriand, que cree en las palabras de los papas, haya visto en ellos los precursores del 89: "Tribunos, dictadores, dice, la mayor parte de las veces elegidos entre las clases más oscuras del pueblo, el poder temporal de los papas puede clasificarse en el orden democrático, y puede decirse que su misión fué la de vengar y mantener los derechos del hombre." (1). Lamennais abunda en esa misma opinión, y ensalza á Gregorio VII como el "patriarca del liberalismo europeo," celebrando á los soberanos pontífices como los "defensores de los derechos sagrados de la inteligencia contra la fuerza bruta." (2).

Los ilustres nombres que acabamos de citar

(a) Lo de siempre: exagerando la importancia del individualismo, y haciendo caso omiso de la sociabilidad, ó de lo que Laurent llama unidad, sin la cual, no sólo no hay sociedad, sino que no hay hombre libre y racional.—(N. del T.)

(1) CHATEAUBRIAND, *Memorias de ultra-tumba*.

(2) LAMENNAIS, *L'Avenir*.—Id., *Du catholicisme dans ses rapports avec la société politique*.

nos imponen respeto; pero la verdad tiene aún más derecho á nuestros homenajes, y la verdad nos obliga á decir que esa manera de concebir el papado es el reverso de la realidad de las cosas. No podemos explicarnos ese exceso de ceguedad más que por la ignorancia de los hechos (a). El siglo XIX se envanece por sus luces, y nosotros no intentamos rebajarlo para elogiar un pasado imaginario. Pero cuanto más abundan las luces, parece que se hace más difícil aprovecharse de ellas. ¿Cuántos ignorantes hay en nuestro siglo de luces! La instrucción histórica es nula ó incompleta en los institutos en que pasamos nuestra juventud; y ¿cuántos de entre nosotros tienen el gusto y el valor de emprender largos trabajos para suplir á la insuficiencia de los estudios de colegio y de universidad? Arrastrados por el torbellino del mundo, de los negocios, de la política, los hombres no tienen ya tiempo de entregarse á lecturas serias. De ahí proviene que sean ignorados los hechos más sencillos, como si estuviéramos aún rodeados de las tinieblas de la Edad Media, y á esta increíble ignorancia es á la que hay que atribuir los muchos errores que pasan por verdades, así en el campo de los liberales como en el de los católicos. Los católicos son los ménos excusables: partidarios del pasado, ni siquiera le conocen. Y unas veces se defienden de quererle restaurar, porque no saben cuáles eran sus doctrinas, y otras veces las embellecen alterando los hechos con la mejor fe del mundo, no lo dudamos. ¿Quién se atrevería á acusar á Chateaubriand y Lamennais de falsificar la historia? Pero importa restablecer la verdad, como lo venimos haciendo en el curso de estos estudios. ¿Y cuántos lectores asiduos hemos encontrado? Permitásenos que repitamos lo que ya hemos dicho otras veces; y puesto que no se cansan algunos de sembrar errores para someter las almas al yugo de la Iglesia, fuerza es que reproduzcamos nuestros razonamientos y pruebas para rechazar, en la medida de nuestras fuerzas, la peor de las esclavitudes, la esclavitud del pensamiento.

(a) ¡Soberbia jactancia! No hay que recurrir á la ignorancia de los demás para explicarnos su diversa manera de ver en asuntos tan complejos, ni hay que atribuir á ceguedad el que aprecien los hechos históricos de otro modo que nosotros. El papado ha tenido sus períodos gloriosos en los que sostuvo con denuedo y con mayor ó menor éxito la causa de la justicia y de la humanidad. Y esto, que sin parcialidad y sin pasión no puede negarse, no obsta para ser adversarios del papado ni para ser libre pensador, y ménos aún para escribir la historia con los ojos abiertos.—(N. del T.)